

29

Fecha de presentación: octubre, 2021

Fecha de aceptación: diciembre, 2021

Fecha de publicación: febrero, 2022

TURISMO CULTURAL RURAL: CUESTIONES EPISTEMOLÓGICAS

RURAL CULTURAL TOURISM: EPISTEMOLOGICAL ISSUES

Kang Min¹

E-mail: kangmin200887@aliyun.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2423-2757>

¹ Universidad de La Habana. Cuba.

Cita sugerida (APA, séptima edición)

Min, K. (2022). Turismo cultural rural: cuestiones epistemológicas. *Revista Universidad y Sociedad*, 14(S1), 264-272.

RESUMEN

Aunque el factor cultural del turismo rural ha formado parte de las reflexiones de varios autores, no existe consenso sobre la pertinencia de una distinción para el turismo cultural dentro del turismo rural. Sin embargo, desde los ángulos de la gestión y la administración, el marco del turismo rural (como hasta hoy ha sido entendido) pudiese no ser suficiente para potenciar una práctica turística que, aun cuando se desarrolle en el espacio rural, tenga como intención situar a la cultura como el elemento central de la oferta o, al menos, colocarla a la par de los recursos naturales en la escala de valores. Luego de una exhaustiva revisión bibliográfica en torno las relaciones conceptuales entre turismo, ruralidad y cultura, la investigación persigue como objetivo general presentar la definición de la categoría turismo cultural rural para una óptima praxis del turismo en los espacios rurales.

Palabras clave: Turismo, rural, cultura, turismo cultural rural.

ABSTRACT

Although the cultural factor of rural tourism has been part of the reflections of several authors, there is no consensus on the relevance of a distinction for cultural tourism within rural tourism. However, from the angles of management and administration, the framework of rural tourism (as it has been understood until today) may not be enough to promote a tourism practice that, even when it is developed in rural areas, has the intention of locating to culture as the central element of the offer or, at least, to place it on a par with natural resources on the scale of values. After an exhaustive bibliographic review on the conceptual relationships between tourism, rurality and culture, the research aims to present the definition of the rural cultural tourism category for optimal tourism practice in rural areas.

Keywords: Tourism, rural, culture, rural cultural tourism.

INTRODUCCIÓN

Aunque las primeras iniciativas notables y modernas de turismo rural comenzaron en Europa —en países como Francia, Alemania, Inglaterra, Irlanda— a inicios de la segunda mitad del pasado siglo, no es hasta la década de los ochenta que, a escala global, se comienzan a implementar iniciativas locales, nacionales y regionales con la finalidad de promover y respaldar el desarrollo del turismo en el medio rural (Fernández, 2007). Al día de hoy, el turismo rural es una de las actividades que con mayor diversidad de acciones y profundidad de alcance ha estado presente en las estrategias de desarrollo local (rural) de las distintas zonas continentales, aun cuando, según las regiones, el diseño y la implementación de dichas estrategias han seguido distintos rumbos, sobre todo en relación con las interpretaciones, sincrónicas y diacrónicas, en torno al concepto mismo de turismo rural y a las motivaciones de su surgimiento. La práctica del turismo rural ha sido y es tan diversa como los espacios y los momentos en que ella se ha realizado, y a la vez, ha servido como herramienta casi universal no sólo para trabajar en función del desarrollo rural, sino también, como elemento activador del empoderamiento de las familias rurales, la concientización sobre el urgente cuidado de los recursos naturales y la dinamización comunitaria.

Sin embargo, tal como demuestra la experiencia en turismo de países como China, en muchos casos, son las manifestaciones culturales las que suponen los mayores atractivos del medio rural, incluso cuando se trata de espacios tan particulares como las reservas naturales. El objetivo de la investigación que se presenta se enmarca en la discusión teórica en torno a la definición del turismo cultural rural como categoría de análisis para la configuración de la oferta asociada al espacio rural. Para ello se sustenta en métodos teóricos que facilitaron procesar un amplio volumen de información bibliográfica y documental.

DESARROLLO

La triada: turismo – ruralidad – cultura, como otras, resulta complicada de conceptualizar ya que se trata de un complejo conformado por tres entes que tienen valor en sí mismos, y que dan lugar a una entidad o realidad nueva que comparte las características o los elementos de las que lo integran.

Una definición simple de turismo es la dada por la Organización Mundial del Turismo, refiriendo que éste comprende las actividades que realizan las personas durante sus viajes y estancias en lugares distintos a su entorno habitual, por un periodo de tiempo consecutivo

inferior a un año, con fines de ocio, por negocios y otros. Definiciones más complejas definen al turismo como el “conjunto de fenómenos y relaciones económicas, psico-sociológicas, culturales y medioambientales que se generan entre los viajeros y las entidades vinculadas a los viajes desde el lugar emisor, las entidades proveedoras de servicios y productos en el lugar de destino, los gobiernos de los lugares emisores y receptores así como las comunidades locales de acogida, con motivo del viaje y estancia de visitantes temporales en un destino diferente a su lugar de residencia habitual (Martín, 2006).

Ello nos lleva a resumir que el turismo surge con los viajes temporales de las personas cuyas estancias y actividades, que ocurren en lugares diferentes a los de su residencia habitual, hacen surgir fenómenos y relaciones dado que las actividades son diferentes a las que comúnmente se realizan. Se establece de ese modo una interacción entre los visitantes y varias entidades: las que animan y propician la posibilidad y realidad del viaje, las que proveen de servicios para hacer posible la llegada, la estancia y la salida, las comunidades locales y los gobiernos locales.

En la actualidad el turismo representa un componente social y económico de prácticamente todas las sociedades. Basta solo puntualizar que, cuando la pandemia de enfermedad por coronavirus (Covid-19) irrumpió en nuestras vidas, el turismo representaba más del 20 % del producto interno bruto (PIB) de algunos países y era el tercer sector más importante de la economía mundial en materia de exportaciones, según la Organización Mundial del Turismo (2020).

El turismo destaca hoy por constituir:

1. Un mecanismo que permite su constante transformación o renovación, a través de la implementación de nuevos y creativos productos, destinos, servicios y experiencias, hasta generar una amplia red de clasificaciones en torno al fenómeno.
2. Un fenómeno de naturaleza compleja que ha constituido y constituye un factor de transformación de la sociedad y la economía, por lo que a su vez se ha convertido en un componente estructural de la organización social.

La clasificación de actividades a realizar en un destino nos permite definir las modalidades turísticas. Las principales modalidades que se desarrollan hoy son el turismo de sol y playa, el turismo cultural, de salud, de naturaleza, entre otras. Esta manera de ver los modos o formas de hacer turismo tiene que ver con el lugar de realización, el nivel de participación y el interés temático o las motivaciones del turista. De modo que, para el caso que

nos ocupa, la cultura y la ruralidad pueden convertirse, y de hecho se convierten, en las motivaciones y en las entidades que interactúan con el viajero. Sin embargo, la motivación hacia lo rural coexiste con la curiosidad o el interés cultural por ciertas formas de entender la realidad, diferentes a la propia.

La definición de rural se asocia a lo perteneciente o relativo a la vida del campo y sus labores. Sin embargo, conceptualizar lo rural entraña dificultades, en tanto este término está sujeto a factores como su gran heterogeneidad, las múltiples disciplinas científicas implicadas en su estudio, los importantes cambios sufridos en las últimas décadas, y la diversidad de criterios utilizados por las instituciones para su definición (Castellano, et al., 2019).

Previo a la revolución industrial, lo rural mantuvo un protagonismo tanto en las relaciones sociales de producción como en el entendimiento de lo social. Las labores agrícolas, el trabajo realizado a fin de preparar la tierra para su cultivo y para aludir al acto de redimir el culto a los dioses propios de los pueblos agricultores fue para los romanos el término cultura, que se transformó, con la corriente iluminista, en sinónimo de evolución o progreso.

La complejidad de definir el concepto de medio rural es consecuencia, entre otros factores, de su gran heterogeneidad, las múltiples disciplinas científicas implicadas en su estudio, los importantes cambios sufridos en las últimas décadas y la diversidad de criterios utilizados por las instituciones para su definición (Castellano Álvarez, et al., 2019).

Factores asociados a la ruralidad están en relación con la llamada tradición rural, que de acuerdo con Domínguez Estrada (2016), se relacionan con el atraso, la predominancia de lo agrícola, la inexorabilidad del éxodo rural y la idea de que el crecimiento agrícola lleva al desarrollo rural. Esta característica residual de lo rural se basa, a su vez, en una perspectiva implícita: la fuerte presencia de una visión lógica entre lo urbano y lo rural. Esta visión bifurcada tiende a separar a la sociedad en dos, tipificándola idealmente en ámbitos espaciados, caracterizados en forma de términos contrapuestos: lo rural como atrasado, pobre, aislado, de cambios lentos, atado a la naturaleza y a la producción primaria; lo urbano como rico, moderno, dinámico, industrial, conectado con el mundo.

La dicotomía generada por las contraposiciones modernas de los paradigmas del desarrollo: rural – urbano, agricultura – industria, tradición – modernidad, condujeron a colocar siempre del lado izquierdo de la ecuación a lo atrasado versus lo próspero. Esta situación conllevó, a decir de Roque, et al. (2013), a la desvalorización de lo rural que pasó a ocupar un papel residual en el desarrollo.

Considera este autor que la nueva noción del desarrollo centrada en lo humano ha abierto la posibilidad de revalorizar las relaciones sociales y produce una revalorización de lo rural, entendida no como la vuelta a lo rural sino como un cambio de visión sobre lo rural. Este cambio tiene que ver con varias tendencias: en muchos países orientales lo rural se presenta como una opción de vida, en algunos países europeos se ha venido presentando la ruralización de las comunidades urbanas, a lo que se suman tendencias a la ruralización del empleo.

Durante cientos de años lo rural se opuso a la cultura. No fue hasta el año 2014, en la 23 edición del diccionario de la RAE que se eliminó como segunda acepción de lo rural lo relacionado con lo inculto, tosco, apegado a cosas lugareñas, haciendo de ello un término segregacionista y marcado por la exclusión.

Al hablar de ruralidad, hay que hacer referencia a la existencia de una multiplicidad compleja de distintos criterios, que varían en dependencia de la zona desde donde se emita la distinción. Según la investigación realizada por Domínguez Estrada (2016), las interrogantes se presentan al considerar si lo rural es un concepto geográfico o una situación con los límites identificables en un mapa o si es una representación social o una comunidad de interés o una cultura y estilo de vida; que se contraponen y es diferente a lo urbano. El uso de medidas, bien sean territoriales o demográficas tiende a establecer relaciones funcionales entre las personas y el espacio.

Afirma Dirven (2019) que, en general, todo lo que no es urbano es rural, de modo dicotómico, sin mayores subdivisiones de rural, y que en el caso de América Latina las definiciones tienen un marcado acento censal, planteadas son sin debate conceptual y sin modificaciones sustanciales en las últimas cinco décadas.

Es válido señalar que en el caso de América Latina la visibilización del entorno rural está ligado a los procesos descentralizadores, que a pesar de las etapas por las cuales ha transitado, ha partido del fortalecimiento de la vía municipal a partir de la transferencia de los recursos, el aumento de su competencia y la ampliación de la base social de sustentación, aun cuando ha desencadenado una marcada bipolarización entre lo local y lo central con afectaciones a la necesaria articulación, generándose un tipo de poder local sobre otros niveles (Roque, et al., 2013).

No obstante, a pesar de las diferencias regionales del ritmo, las formas, duración, factores e intensidad de los procesos, la necesaria descentralización de competencias y poderes desde el Estado hacia los gobiernos locales, que ha permitido un redimensionamiento del papel

del municipio, ha provisto de las condiciones favorables para la innovación-creación de fuentes generadoras de recursos propios y competitividad, siendo el turismo un mecanismo de articulación y empoderamiento de lo rural y la ruralidad.

El término cultura proviene del latín *cultus*, que a su vez deriva de la voz *colere* asociado al cultivo y el cuidado. Era el cultivo y el cuidado de la tierra (agricultura); de los niños (puericultura); y de los dioses y lo sagrado (culto). Como cultivo, la cultura era una acción que conduce a la realización de las potencialidades de algo o de alguien, era hacer brotar, florecer y beneficiar (Chauí, 2008). Cada una de sus acepciones, como habitar, cultivar, proteger, honrar con adoración, cuidado del campo o del ganado, estaban directamente relacionadas con el trabajo realizado a fin de preparar la tierra para su cultivo y para aludir al acto de redimir el culto a los dioses propios de los pueblos agricultores. Sin embargo, no es hasta el Renacimiento cuando el término cultura se utiliza para denominar el proceso formativo exclusivo de los artistas, filósofos, literatos, quienes ejercían el poder y que formaban un grupo de élite.

Fue durante los siglos XVIII y XX que el debate franco alemán fundamentó la esencia de dos visiones de la cultura (Lézé, 2009):

- La concepción universalista francesa cuyo proceso civilizatorio se enraizó en una concepción progresista de la historia y por tanto sobre la idea de unidad del género humano.
- La concepción particularista alemana relacionada con la noción de autenticidad en oposición a los valores superficiales de la civilización.

Para los alemanes, civilización era algo externo, racional, universal y progresista, mientras que cultura estaba referida al espíritu, a las tradiciones locales, al territorio (Molano, 2007).

Sin intentar una discusión etimológica, es válido recordar que fue el concepto iluminista de cultura, con un profundo carácter político e ideológico, el que marcó las pautas segregacionistas de definiciones posteriores. La filosofía de la ilustración connotó a la cultura como sinónimo de civilización. Al decir de Chauí (2008), se estableció el patrón de la Europa capitalista para medir la evolución o el grado de progreso de una sociedad. Esto conllevó a establecer que todas las sociedades o grupos sociales que desarrollaron formas de intercambio, comunicación y poder diferentes de las europeas fueran consideradas como culturas primitivas o poco evolucionadas. Y ese carácter excluyente caló profundo en las sociedades modernas.

Para algunos autores, la irrupción del turismo rural está directamente relacionada con la necesidad de revertir la progresiva decadencia socioeconómica que por muchos años ha caracterizado el medio rural tanto en países desarrollados como en desarrollo (Lane, 1994). Varias son las razones que han incidido en esta situación: los éxodos migratorios, el envejecimiento demográfico, la descapitalización del medio rural, la pobreza de recursos materiales, la inexistencia de vida asociativa, las situaciones de desagrarización, la falta de equipamientos y la escasez de atención al espacio rural por parte de las políticas públicas de desarrollo son las más frecuentemente mencionadas (Lane, 1994; Fernández, 2007).

Lo anterior se acompaña de una tendencia a entender el auge de la modalidad turística en cuestión como resultado de factores que tienen que ver con la evolución de la actividad turística misma.

Se pone el acento en los cambios y nuevas preferencias de la demanda turística: cambios sociodemográficos con crecimiento de población de mediana y de la tercera edad, transformaciones en la tecnología y su aplicación a la industria del viaje, carácter más experimentado de los turistas, dinamismo y expansión de la demanda, generalización de las vacaciones y días de vacaciones en aumento, adelantos en la edad de jubilación sin menoscabo del nivel de rentas, interés creciente por otras ofertas diversas a las de sol y playa, demanda de productos turísticos que ofrezcan mayores prestaciones en relación a los de destinos tradicionales, creciente demanda de viajes especializados y temáticos, y la aparición de un turista más activo (Fernández, 2007).

En el caso particular de varios países europeos, la crisis de la ruralidad está directamente ligada a la postguerra, de modo que este tipo de turismo surgió como una alternativa para recuperar las áreas rurales devastadas o abandonadas como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial (Fernández, 2007). En Latinoamérica, su surgimiento se debe más a la búsqueda de alternativas para generar empleo rural no agropecuario (ERNA) pues la agricultura no lograba alimentar a las familias rurales. Por lo tanto, aun cuando en Europa el desarrollo agrícola no es vital para que el turismo rural se presente, en el caso de América éste se visualiza como una actividad complementaria de la agraria en la mayoría de los países. También en China el surgimiento del turismo rural ha estado relacionado con la actualización de la política agraria. Incluso en el momento actual, el desarrollo de la economía rural, el aumento del empleo rural y la mejora de la calidad de vida de los agricultores son su objetivo principal (Wang, et al., 2013).

Al día de hoy, se ha producido una gran cantidad de material teórico alrededor del mundo con acotaciones conceptuales y variedades o submodalidades de este tipo de actividad. Los criterios más obvios y amplios de diferenciación han planteado que el turismo recibe el calificativo de rural cuando se inscribe en el ámbito geográfico concreto del espacio rural o se opone a otras formulaciones de la actividad turística o a otros productos turísticos — como el turismo de playa o de litoral, o el turismo urbano (Crosby, 2021).

Intentando estrechar los márgenes de esta modalidad, otros autores han definido al turismo rural como una práctica en estrecho vínculo con la labranza y la realización colectiva y asociativa de actividades agrícolas, o bien como una combinación entre la experiencia agrícola y las vacaciones y el ocio (Crosby, 2021). Otras formulaciones lo conciben como una actividad turística basada en los recursos del medio rural y con máxima integración de las estructuras económicas, sociales y culturales tradicionales (Sharpley & Roberts, 2004), en estrecho vínculo con la consolidación de prácticas como el turismo rural comunitario (Kieffer, 2018) y el turismo rural integrado (Saxena, 2008).

De igual modo, son más de una decena las submodalidades en torno al turismo rural reconocidas y aceptadas por la comunidad de expertos. Cronológicamente puede hablarse de una evolución que ha mantenido tendencias hacia la fragmentación conceptual, lo cual lleva a reconocer en el turismo rural y cultural es un área de estudio con enormes expectativas, más por su valor socio-cultural que por su significancia económica.

Puede entonces afirmarse que, así como las políticas agrarias puestas en marcha en los distintos países y regiones pensaron estratégicamente en la diversificación de la economía como una respuesta inminente a la crisis de la agricultura y el retroceso social y económico del medio rural, también tuvieron en cuenta el impacto positivo de la cultura como factor esencial en el nuevo momento de revitalización. Además de pensar en el turismo como estrategia local, algunas instancias gubernamentales y no gubernamentales se han interesado por promocionar un *“turismo rural basado en el acercamiento entre los países, el conocimiento de los patrimonios culturales, el descubrimiento de las culturas locales, la atención prestada al marco natural y a las formas de vida de las poblaciones”*.

De acuerdo con Richards (2007), el turismo cultural *“es el desplazamiento de personas desde sus lugares habituales de residencia a los lugares de interés cultural con la intención de recoger información y experiencias nuevas que satisfagan sus necesidades culturales”* (p. 17). Este

autor entiende la cultura como un fenómeno que abarca lo que piensan las personas (actitudes, creencias, ideas y valores), lo que hacen las personas (pautas de comportamiento normativo o modos de vida) y lo que fabrican las personas (obras de arte, artefactos, productos culturales), y que se compone de procesos (las ideas y el modo de vida de las personas) y de los productos de esos procesos (edificios, artefactos, arte, tradiciones, ambiente); infiere que el turismo cultural no sólo implica la visita de lugares y monumentos, sino que se amplía también al consumo del modo de vida de aquellas zonas que se visitan. De ese modo el turismo cultural, entonces, *“no sólo abarca el consumo de los productos culturales del pasado, sino también de la cultura contemporánea o modo de vida de un pueblo o región”*.

Recientemente la Organización Mundial del Turismo (2020), acotó que el turismo cultural es un tipo de actividad turística en el que la motivación esencial del visitante es aprender, descubrir, experimentar y consumir los atractivos/productos culturales, materiales e inmateriales, de un destino turístico. Estos atractivos/productos se refieren a un conjunto de elementos materiales, intelectuales, espirituales y emocionales distintivos de una sociedad que engloba las artes y la arquitectura, el patrimonio histórico y cultural, el patrimonio gastronómico, la literatura, la música, las industrias creativas y las culturas vivas con sus formas de vida, sistemas de valores, creencias y tradiciones.

En relación con esto, entendemos que la relación cultura-turismo no se reduce al área donde los turistas se encuentran en un espacio teatral o recorren un museo, es un espectro mucho más amplio y complejo que sobrepasa las actividades del llamado turismo cultural, obviamente sin dejar de estar vinculado a esta modalidad turística. Ciertamente, el factor cultural del turismo rural ha formado parte de las reflexiones de varios autores como los citados anteriormente, que concuerdan en plantear que el turismo rural es una actividad turística que se desarrolla en el medio rural y cuya motivación principal es la búsqueda de atractivos turísticos asociados a éste.

Sus palabras nos parecen interesantes en tanto incluyen a la cultura como una parte indisoluble de la oferta turística rural, sin que por ello haga alusión al turismo rural y cultural.

Desde los ángulos de la gestión y la administración, el marco del turismo rural (como hasta hoy ha sido entendido) pudiese no ser suficiente para potenciar una práctica turística que, aun cuando se desarrolle en el espacio rural, tenga como intención situar a la cultura como el elemento

central de la oferta o, al menos, colocarla a la par de los recursos naturales en la escala de valores.

Al decir de Crosby (2021), si bien la demanda turística mayoritaria viajaba por una motivación clara de sumergirse en el mundo y medio rural, en la naturaleza en todas sus dimensiones y en el descubrimiento de un patrimonio cultural y social inherente al medio rural, donde ante todo se priorizaba o se daba énfasis a los valores que podrían percibirse de ese entorno social de los pueblos y del campo, ésta ha ido cambiando de tal forma que apenas tiene rasgos parecidos a la anterior ya que esos valores del patrimonio rural han pasado a un segundo o incluso a veces último rango de interés. El cambio en la demanda genera un efecto en la oferta para adaptarse a esas motivaciones y expectativas. El autor afirma que los clientes esperan y valoran más aquellos atributos que poco tienen que ver con el entorno rural o natural y si con una serie de facilidades turísticas que se pueden encontrar en cualquier establecimiento urbano de cualquier ciudad, como la buena conexión wi-fi, internet de alta velocidad, televisor, lugares donde puedan celebrarse fiestas, una cocina de al menos vitrocerámica para poder encargar comida a domicilio de tipo casero, pero con existencias de pizzas, hamburguesas y comidas tipo rápidas, que el alojamiento tenga jacuzzi o sauna, y otros agregados que en la mayoría de los casos no están ligados al entorno rural.

En el contexto nacional chino, el caso cimero de turismo rural escenificado es el desarrollado en el condado de Xiapu, un área en la sureña provincia de Fujian. Motivado por el creciente interés de los visitantes en subir a las redes sociales toda experiencia, el condado ha generado un proyecto turístico que no sabe si catalogarse como innovación, engaño, re-invencción, museo interpretativo o supervivencia rural, si bien es digno de analizar ya que por una parte rompe los principios del turismo y la autenticidad deseada y por otra responde a las expectativas de un turismo convencional y su devoción por los parques temáticos.

La propuesta de Xiapu se basa en una escenografía montada en el entorno rural por equipos de fotografía y actores, que recrea un entorno rural perdido en el tiempo, atrapado en el pasado del país asiático y lleno de paisajes pintorescos y una población que parece haber sido arrancada directamente de otra época. Los actores se hacen pasar por agricultores y pescadores y brindan a los turistas oportunidades fotográficas perfectas, con locaciones que son pensadas y ofrecidas por guías especializados en fotografía. Noticias constatan que el condado recibe cerca de 500 visitantes al día que llegan en autobús turístico y pagan 3 dólares cada uno para hacer cola y tomar fotos. Xiapu se ha convertido en un destino

del siglo XXI, especializada en crear momentos fotográficos perfectos para los visitantes. Sin embargo, la realidad de Xiapu, sin filtros, es decadente: playas sucias, mala relación calidad – precio de las ofertas gastronómicas, y visitantes decepcionados al descubrir que todo es falso. Un barniz cultural que nada tiene que ver con la realidad.

Las diferencias entre la cultura urbana y la cultura rural ponen de relieve la necesidad del surgimiento de enfoques específicos a la hora de estudiar y proyectar el tipo de turismo cultural que se precisa, de acuerdo a los distintos escenarios en que este se vaya a desarrollar. O sea, según los abordajes hasta ahora concebidos, las concepciones en torno al turismo rural y al turismo cultural no son suficientes —es más, pudiesen constituir camisas de fuerza— para pensar alternativas turísticas que respondan a las necesidades de algunas regiones.

El argumento principal de esta reflexión es: la ubicación geográfica de los sitios de destino no puede ser el factor único y determinante en el momento de pensar las estrategias de gestión y promoción turística, sino que es necesaria una evaluación completa de los recursos naturales y culturales para, a partir de ahí, determinar la pertinencia o la conveniencia de la elección del modelo de gestión y de promoción turística a implementar.

Intentando definir la submodalidad del turismo rural relacionada con la cultura, Ivars (2000), sentó las bases para cuestionar la legitimidad de los operadores de turismo cultural, que en la mayoría de las ocasiones —y a despecho de las formulaciones académicas como las que se verán más adelante— parecen asentar el criterio de que la cultura se halla sólo en los espacios ciudadanos. Observó que, a pesar de que el turismo cultural es una de las principales modalidades del turismo urbano, son muchos los desplazamientos turísticos hacia espacios rurales que también están motivados por el factor cultural.

De ahí que presente al turismo cultural rural, a su vez, subdivido en activo o pasivo, en dependencia de los niveles de implicación del visitante en la vida cultural de la región. Habla de un “turismo cultural pasivo” cuando los fines son la contemplación del patrimonio histórico-artístico, y un “turismo cultural activo o vivencial” cuando el turista se integra en manifestaciones festivas tradicionales o en otras actividades que emanan de la cultura popular. Según los propósitos de esta investigación, no obstante, la distinción entre participación activa o pasiva de la cultura deja de ser relevante, en tanto entendemos que la mera contemplación presupone la interferencia en la dinámica social y cultural del lugar, lo cual anula la posibilidad de la pasividad.

Una propuesta respetuosa (con la naturaleza, con los hombres y mujeres, así como con los pueblos y las naciones) de turismo en los espacios rurales deberá no sólo evaluar sabiamente las condiciones del espacio antes de determinar la estrategia de gestión para ser implementada, sino que, además, deberá velar por mantener un equilibrio fundamentalísimo entre memoria y evolución, sobre la base de lo que Barrado & Castiñeira (2001) llaman “cultura rural”: *“Cultura rural significa aquí algo más que la mencionada tradición rural, en cuanto alude a renovación vital y a evolución de las costumbres sociales y rasgos culturales del mundo rural junto con sus trazas físicas, como es en este caso el paisaje, sin que ello entrañe arrasamiento o desaparición... Se trata de promover el mantenimiento histórico y futuro combinando memoria con evolución, consiguiéndose así que el mundo rural vuelva a ser autónomo. Es una estrategia que renuncia al total confinamiento; habrán de rechazarse ciertas influencias externas, pero otras podrán ser recibidas y adaptadas a un sistema propio de valores. Entendido de este modo, el turismo podría ser aprovechado de manera positiva en aquellas zonas rurales en las que genere cierta animación, a pesar de la manipulación a que se somete la moda de vuelta a la naturaleza y del riesgo que esto supone. Podría, pues, contribuir a la refundación de la autonomía y del dinamismo perdidos por el mundo rural, sin desvirtuarlo”*. (p. 5)

MacDonald & Jolliffe (2003), en una de las pocas conceptualizaciones del turismo rural y cultural recuerdan que los conceptos de cultura, rural y turismo son multidimensionales e interrelacionados, como ya hemos mencionado anteriormente. Citando a varios autores, hacen notar cómo, a partir del uso de las mismas ideas y términos, pueden ser definidos el turismo rural, el turismo cultural y el turismo patrimonial. En suma, ambas autoras definen el turismo rural cultural cuando se está en presencia de una comunidad rural distintiva —por sus propias tradiciones, patrimonio, artes, estilos de vida, lugares y valores preservados entre generaciones— que es visitada por turistas para estar informados sobre la cultura y experimentar el folclore, las costumbres, los paisajes naturales y los monumentos históricos, y para disfrutar, en segunda instancia, de otras actividades como la aventura, los deportes, las festividades, la artesanía, en un entorno rural.

Ahora bien, reclamar el pensamiento sobre la perspectiva cultural del turismo rural no sólo nos parece pertinente en función de una consideración central de la cultura rural como atributo de la oferta, sino como alternativa casi única para garantizar la preservación de la cultura rural, de cara a las transformaciones sistemáticas a que ha sido sometido el espacio rural (o los espacios rurales) como

parte de las estrategias y políticas de desarrollo del turismo rural.

En términos culturales, la oferta se centra en un núcleo que concentra los componentes histórico y artístico del patrimonio, en cuya periferia se incorporan elementos secundarios del turismo cultural comprendiendo las manifestaciones etnológicas del patrimonio e incorporando las industrias creativas como el diseño, medios de comunicación o grandes espectáculos. En el caso del turismo cultural rural ambos, núcleo – periferia, se presentan como un continuum espacio-histórico-funcional, que no está demarcado por límites físicos. A diferencia del turismo cultural tradicional, los límites de la actividad para el turismo cultural rural están asociados a la propiedad lo que implica una concertación de actores y gestores.

En esta cuerda, nos parece importante que nuestra mirada al fenómeno del turismo cultural rural no deje poner un foco de atención en los peligros que pueden suponer para las comunidades rurales la planeación y ejecución de plataformas de promoción de turismo cultural rural que, en aras de satisfacer desmedidamente las expectativas de la demanda, alteren o sustituyan los elementos de la cultura y el paisaje locales y que, más que dejar ver propiamente los sitios de destino incurran en la representación de una ruralidad maquillada.

Según constatan las realidades a las que hemos hecho alusión, y de acuerdo con Thomé-Ortiz, et al., (2018), *“el espacio rural ha dejado de ser un escenario exclusivo de producción de alimentos para convertirse también en una fuente de satisfactores culturales relacionados con el ocio y el tiempo libre”*. Esto ha llevado a que numerosos autores postulen esa nueva ruralidad que, en consonancia con las *“transiciones rurales, a lo largo y ancho de la geografía del planeta”*, *“se caracteriza por un reordenamiento de los recursos simbólicos y materiales del mundo rural”*.

Acciones aparentemente simples como la creación de obras o infraestructuras para transporte y alojamiento, entendidos como factores que acompañan el desarrollo del turismo rural, pueden resultar también en los facilitadores de la emergencia de expresiones que no corresponden al contexto sociocultural del entorno. Lo mismo puede ocurrir con la recreación de elementos, tanto naturales como culturales, dados a ensalzar una imagen preconcebida, tradicional y romántica, de lo rural, u orientadas a satisfacer las necesidades de ocio y recreación de una sociedad hambrienta de expresiones identitarias auténticas (Thomé-Ortiz, et al., 2018).

Puede entonces entenderse el turismo cultural rural como aquella actividad turística que se desarrolla en un entorno donde predominan aspectos relacionados con lo rural y

en cuyo centro de conformación de la oferta se localizan las expresiones culturales de los territorios – comunidades de acogida.

Es válido mencionar que estas expresiones culturales engloban tanto a la identidad local como al patrimonio inmaterial relacionado con la vida rural, entiéndase formas de vida, de cultivo de la tierra y de obtención de producciones primarias o sus derivados, tradiciones locales, y el patrimonio material asociado a los mismos.

Especial atención revisten aquellos escenarios caracterizados por la marcada presencia de culturas originarias (o de etnias minoritarias) —como es el caso de la región occidental de la República Popular China—, donde es mayor el riesgo de “museización”, o de “teatralización” y puesta en escena no del paisaje, sino de la cultura misma, y donde las autoridades encargadas de diseñar la estrategia de desarrollo y promoción turística no han podido escapar a la tentación de crear productos pintorescos, exóticos y populares, pero carentes de contenidos o vacíos de significado cultural.

CONCLUSIONES

La simbiosis etimológica entre los términos cultura y rural se imbrican en el turismo para modelar las relaciones que se establecen en un contexto socio-económico cultural marcado por las producciones primarias de bienes y productos que desembocan en el turismo cultural rural. No podría hacerse una distinción entre ambos términos si consideramos la esencia original del concepto que degeneró en la discriminación de lo rural.

La cultura es un factor determinante para la creación del valor de la oferta y generadora de elementos distintivos o diferenciadores en cada una de las propuestas locales, que a la postre, se convierten en catalizadores de la demanda. La historia, las tradiciones, la gastronomía y la arquitectura constituyen, entre otros elementos (como los modos, los usos, los conocimientos ancestrales), el patrimonio sociocultural local que será juzgado por los potenciales visitantes, a la hora de elegir el destino de su viaje.

La cultura constituye un elemento de fuerza que no debe ser denostado a la hora de pensar las estrategias de promoción turística de los espacios rurales, a la vez que incita a cuestionar en qué orden la cultura debe ser colocada en la estructura de presentación de la oferta, más allá de que en las definiciones de turismo rural se introduzcan aspectos de referencia o contenido de tipo cultural. La emergencia de la categoría del turismo cultural rural resulta de vital importancia tanto desde el punto de vista de los estudios teóricos y académicos, como desde el ángulo de la gestión, la administración y el marketing turísticos.

La ruptura con sus orígenes y la mutación conceptual de la cultura, la distanciaron de una puesta en valor de lo rural por lo que desde el punto de vista espacial y comunicacional les hizo incompatibles. No se puede negar el hecho de que la mirada turística vuelta hacia lo rural ha sido una de las vías a través de las cuales ambos términos se han vuelto a conectar, de modo que el turismo cultural rural está reconduciendo su articulación armónica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Castellano-Álvarez, F., Castro-Serrano, J., & Durán-Sánchez, A. (2019). El Concepto de Medio Rural: Dificultades y Perspectivas. *Revista espacios*, 40, (14), 16-26
- Chauí, M. (2008). Cultura e democracia. *Crítica y emancipación: Revista latinoamericana de Ciencias Sociales*, 1(1), 53-76
- Crosby, A. (2021). El falso turismo rural es el que triunfa ¿o es mentira? *Hosteltur, Diario 6314*. <https://www.hosteltur.com/comunidad/004796>
- Dirven, M. (2019). *Nueva definición de lo rural en América Latina y el Caribe en el marco de FAO para una reflexión colectiva para definir líneas de acción para llegar al 2030 con un ámbito rural distinto*. FAO. <http://www.fao.org/3/ca5509es/ca5509es.pdf>
- Domínguez Estrada, J. (2016). *Proyectos de turismo rural: Experiencias en el Estado de Quintana Roo*. (Tesis Doctoral). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fernández, C. (2007). *El turismo rural en el desarrollo local*. En, J. García Rodríguez y J. Rodríguez Martín, (Coord.). *Teoría y práctica del desarrollo local en Canarias. Manual para agentes de desarrollo local y rural*. (pp. 576-614). Ed. Federación Canaria de Desarrollo Rural.
- Ivars Baidal, J. (2000). Turismo y espacios rurales: conceptos, filosofías y realidades. *Investigaciones Geográficas*, 23 (23), 59-88.
- Kieffer, M. (2018). Turismo Rural Comunitario y organización colectiva: un enfoque comparativo en México. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 16 (2), 429-441.
- Lane, B. (1994). What is rural tourism? *Journal of Sustainable Tourism*, 2 (1-2), 7-21.
- Lézé, F. (2009). Evolución del concepto de cultura a través de documentos claves de la UNESCO. *AIDA* (7), 121-171.

- Macdonald, R. & Jolliffe, L. (2003). Cultural Rural Tourism. Evidence from Canada, *Annals of Tourism Research*, 30 (2), 307-322.
- Martín, R. (2006). *Principios de organización y práctica del turismo, parte I*. Editorial Félix Varela.
- Molano, O. (2007). Identidad cultural un concepto que evoluciona. *Revista Opera*, (7), 69-84.
- Organización Mundial del Turismo. (2020). *Barómetro del Turismo Mundial*. Organización Mundial del Turismo. <https://www.e-unwto.org/doi/abs/10.18111/wtobarometeresp.2019.17.1.1>
- Richards, G. (2000). *Políticas y actuaciones en el campo del turismo cultural europeo*. En, L. Herrero Prieto, *Turismo cultural: el patrimonio histórico como fuente de riqueza*. (pp. 69-96). Editorial Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León.
- Roque, Y, Santos, I., & Sosa, J. L. (2013). *Papel de las instituciones en el desarrollo territorial y local*. En, Colectivo de autores, *Desarrollo territorial y local. Procesos de integración*. Ediciones Luminaria.
- Saxena, G. (2008). Integrated rural tourism. A border case study. *Annals of Tourism Research*, 35(1), 233-254.
- Sharpley, R., & Roberts, L. (2004). Rural tourism: 10 years on. *International Journal of Tourism Research*, 6(3), 119-124.
- Thomé-Ortiz, H., De Jesús-Contreras, D., & De Oliveira Santos, E (2018). Aprovechamiento recreativo del patrimonio vitivinícola en el centro de México: una aproximación sociológica al enoturismo como estrategia de desarrollo territorial. En, J.C. Picó, et al., *Experiencias de turismo rural en América Latina y el Caribe*. Editorial Heredia.
- Wang, L., Cheng, S. K., Zhong, L. S., Mu, S. L., & Dhruba Bijaya, G.C. (2013). Rural Tourism Development in China: Principles, Models and the Future, *Journal of Mountain Science*, 10 (1), 116-129.